



La mujer de Roma

¿Quién se esconde tras *La Venus del espejo* de Velázquez?

J. L. Martín Nogales

EDICIONES B

En una casona de Londres se descubre un cuadro que al parecer se remonta al siglo XVII y es idéntico a La Venus del espejo de Velázquez. Turner, marchante de antigüedades, contrata a Martín para que averigüe todo lo que pueda sobre el lienzo: ¿se trata de un original o de una falsificación? ¿Acaso procede de un robo? ¿Qué se teje alrededor de esa enigmática pintura?

La investigación conduce a Martín desde el Palacio Real de Madrid hasta los archivos del Vaticano, y desde la National Gallery de Londres hasta el laberinto construido en los jardines de Villa Médicis, en Roma. En su búsqueda, Martín descubre un paralelismo entre su realidad y la que vivió el artista en el momento de pintar el cuadro, mientras sigue los pasos de Velázquez y se adentra en los secretos de su vida.

Una enigmática mujer, un mundo de intrigas y traiciones, el amor y el desamor se conjugan en una novela conmovedora, de ritmo trepidante.

J. L. Martín Nogales

LA MUJER DE ROMA

Amor che move il sole e l'altre stelle.
[El amor mueve el sol y las otras estrellas.]

*Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice ne
la miseria.*
[No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la
miseria.]

DANTE,
Divina Comedia

I

La primera vez que vi el cuerpo de aquella mujer desnuda en la casa de Turner sentí el estupor de quien presiente que está en un lugar que no le corresponde. El desasosiego que me produjo observar la belleza blanca de su piel se mezclaba con el asombro de saber que ella tampoco debería estar en aquella sala. ¿Qué hacía allí esa mujer tumbada de espaldas en aquella habitación escondida de la vivienda de Turner?

—Tengo que enseñarte algo —me dijo en cuanto entré en su casa.

Y avanzó por el pasillo, dirigiéndose hacia habitaciones en las que yo nunca había estado antes. Le seguí en silencio, extrañado por el misterio con el que me había pedido que le acompañara. Los pasillos estaban en penumbra, clausurados los ventanales y cubiertos por recios cortinones que cerraban el paso de la luz. Al andar crujían las tablas de aquella vieja casona y sólo se escuchaba el seco taconeo de nuestros zapatos.

Se detuvo ante una puerta que estaba cerrada con llave. La abrió con el chirrido metálico que producen las viejas cerraduras desajustadas por el poco uso. Por una hendidura de la ventana se colaba en la habitación la luz tímida de aquella mañana otoñal de Londres e iluminaba las infinitas partículas de polvo que flotaban en el aire. Turner encendió la lámpara que colgaba del techo y una luz tenue iluminó la estancia, cuyas paredes recubiertas de madera le daban un aire de bodega de un viejo barco anclado en el tiempo. En

desorden se amontonaban algunos muebles antiguos tallados con maderas nobles. Sobre ellos había pequeñas esculturas de bronce y objetos que parecían de plata. En una estantería vi un montón de libros, breviarios y códices monacales que a saber de dónde procedían.

—Aquí guardo los objetos que me parecen valiosos —comentó Turner, señalando con un movimiento de la mano toda la habitación; y con ese gesto quería transmitirme la confianza que suponía abrirme las puertas de aquel lugar que escondía los secretos más codiciados de su negocio—. Pero quiero que veas algo —añadió.

Se acercó a una de las paredes, apartó una mesilla de noche y aparecieron tres o cuatro lienzos, de los que sólo podía verse la parte trasera del bastidor. Sacó uno de ellos, lo puso vertical sobre la mesa, donde se proyectaba la luz directa de la lámpara, dio la vuelta al lienzo y se apartó para que yo pudiera verlo.

—¡Ese cuadro es de la National Gallery! —comenté asombrado, al ver el cuerpo desnudo de la mujer—. ¿Qué hace aquí?

Miré a Turner, que asentía con un gesto afirmativo, y fue entonces cuando sentí el temor de saber que estaba en un lugar que no me convenía. Hay secretos que es mejor ignorarlos, porque conocerlos te obliga al silencio y eso te convierte en cómplice.

Andrew Mosley fue un sir inglés que vivió ocioso y despreocupado los últimos años de su vida, gracias a la herencia que recibió de su familia, que tenía grandes propiedades en Escocia, granjas y explotaciones ganaderas y un número de hectáreas tan grande que él nunca llegó a conocerlas, alejado de aquellas tierras e instalado confortablemente en la amplia mansión familiar a unos kilómetros de Londres. Vendió los terrenos heredados antes de que se impusieran las ordenanzas, reglamentos y planes de regularización agraria y ganadera de la Unión Europea. Construyó un edificio de oficinas, hizo algunas inversiones inmobilia-

rias y dedicó los últimos años de su vida a viajar por medio mundo y a decorar su casa de campo con los objetos que compraba y con pinturas modernas que adquiría sin demasiado criterio a coleccionistas privados y galeristas que él consideraba selectos.

Murió solo, como había vivido siempre. No tuvo hijos y sus propiedades pasaron a unos sobrinos lejanos, cuya primera decisión fue vender todo lo que había pertenecido a su tío, para repartirse las ganancias e invertirlas.

—Probablemente en algún negocio poco limpio —me comentó Turner con suspicacia.

Así es como se encargó a la casa de subastas Christie's que hiciera un inventario de todos los objetos de valor de los salones y dormitorios de la mansión de sir Mosley, los ofreciera en lotes y los vendiera al mejor postor. No era gran cosa: algunos muebles de estilo, espejos, jarrones, candelabros, lámparas, piezas de bronce, figuras de cristal y cuadros de pintores poco apreciados. Y así es como se puso en venta meses más tarde la casa de campo situada a unos kilómetros al este de Londres. La inmobiliaria encargada de venderla le ofreció a Turner que sacara de allí los cuatro muebles y objetos de poco valor que habían sido desechados por los tasadores y que desdecían la imagen noble de la casona para su venta.

Turner llevó un camión de mudanzas y dos operarios. Le acompañó una persona de la inmobiliaria, que le iba señalando los objetos que debía cargar: «esto», decía indicando una cama; «aquella mesa», señalando el único mueble de una sala vacía; «ese armario»... Y así fueron vaciando todas las habitaciones de la casa: sacaron estanterías, aparadores, taburetes tapizados, un escritorio comido por la carcoma, butacas con respaldo ovalado, una silla de tejo, consolas de pino basto y una vieja rinconera. Bajaron después al sótano e hicieron lo mismo con un baúl vacío, sillas destartadas, un armario repintado de color azul y herramientas inútiles. A Turner le extendieron un recibo en el que se indi-

caba de forma genérica la compra de muebles deteriorados y objetos antiguos que necesitaban restauración; pagó el precio convenido y trasladó todo a sus almacenes.

Así me lo contó él mismo, mientras yo le escuchaba atónito, frente a aquel cuadro que tantas veces había visto colgado en la National Gallery: el cuerpo que pintó Velázquez de una mujer desnuda, tumbada en la intimidad de su alcoba, que observa complacida su propia hermosura reflejada en un espejo.

Aquellos días yo vivía zarandeado por un mar de dudas. No hacía mucho tiempo que Turner había cerrado la galería de arte en la que trabajé desde mi traslado a Londres. Las dos últimas exposiciones en las que le ayudé a contactar con dos pintores españoles jóvenes que tenían un estilo étnico, con rasgos africanistas que querían imitar técnicas de Barceló, habían sido una ruina. No se vendió ni un solo cuadro y Turner, que desde hacía meses se estaba planteando dedicarse al negocio de las antigüedades, decidió que ése era el momento de saltar del barco antes de que se hundiera definitivamente. Dejó el mundo de las exposiciones, recuperó algunos contactos que tenía en su vieja agenda y depositó su fe en la compra y venta de antigüedades. No era el horizonte que yo imaginaba para mi vida, así que me vi a la intemperie, después de haber vivido cuatro años en la ciudad de la niebla, tratando de dar a conocer allí la obra de algunos jóvenes pintores españoles. Hay veces que la marea de la vida nos arrastra hacia un dique seco y nos deja allí varados sin que ninguna corriente nos venga a rescatar de esas aguas estancadas. Así me veía yo aquellos días que ahora recuerdo con una profunda desazón.

Turner me había ofrecido seguir trabajando con él, pero yo no quería dedicar mi vida a la restauración de objetos de segunda mano, ni tener un oficio de tendero de cosas

viejas. Con ese descaro se lo había comentado hacía algunas semanas. Pero no era la insolencia lo que me guiaba; era una difusa sensación de estar perdido. Experimentaba esa dolorosa certeza que se apodera de nosotros cuando comprendemos que hemos fracasado.

Turner se llamaba de nombre Thomas; decía que era descendiente del pintor romántico inglés y que sus orígenes familiares se remontaban a los años en que éste vivió en París estudiando las obras que Napoleón había llevado al Louvre, procedentes de los innumerables saqueos que sus tropas realizaron en todos los países del continente. Nunca supe si era cierta aquella genealogía, pero a él le gustaba que le llamaran Turner.

Había cumplido ya los cincuenta años; era de una estatura media y vestía siempre de forma impecable: chaqueta de cuadros escoceses y corbata. En la cabeza solía llevar una gorra de paño elegante, con la que se protegía de la humedad en los días desapacibles y nebulosos de Londres. Bajo ella asomaban unas mechadas de pelo castaño, siempre revueltas sobre la piel blanquecina del cuello.

En los años que estuve con él conocí la astucia que tenía para los negocios y aprendí a interpretar sus comentarios irónicos cuando pretendía aparentar desinterés ante un cliente con el que trataba una venta importante. Reconocí en ese tiempo el único rasgo que delataba su tensión cuando un tema le tenía especialmente exaltado: entonces se le enrojecía el rostro y se le oscurecía la frente con manchas de color encarnado.

Durante los años que había trabajado con él se comportó siempre como un hombre hábil, experto en el negocio de la compraventa. Le daba igual lo que estuviera intercambiando. Su lema era «compra barato y vende caro. Y si puedes, no lo pagues hasta que lo hayas vuelto a vender». Turner era un buen intermediario: un avisado traficante.

No todos lo apreciaban como galerista; y yo estaba convencido de que entendía poco de pintura o no le importaba nada. Pero nunca juzgué sus métodos. Con el tiempo aprendería que ésa era una ingenuidad que podía resultar peligrosa.

Yo le escuchaba aquel día atónito y un poco receloso. Me explicó que había descargado en el almacén todos los muebles comprados en la mansión de Mosley. Al día siguiente fue a hacer una revisión rutinaria para anotar qué restauraciones necesitaba cada pieza y cómo podía venderlas. Repasó qué le faltaba a cada mueble, comprobó las superficies rotas y las tablas que tenían astillas levantadas, rozaduras o agujeros de carcoma. Estaba revisando el viejo armario pintado con un fondo de color azul, que se apoyaba sobre unos gruesos pies de bola, cuando se produjo el insólito descubrimiento. Comprobó el funcionamiento de las bisagras de las puertas, movió los laterales para ver si había alguna tabla desclavada, golpeó la tapa del fondo por el interior del armario y fue entonces cuando una de las tablas gruesas se separó un poco por la holgura de los clavos. Volvió a la parte de atrás, para ajustarla bien, pero se sorprendió al ver que la tabla trasera estaba perfectamente sujeta. Miró otra vez el interior y comprendió que aquel armario tenía un doble fondo.

Turner me miraba fijamente, observando mi reacción ante lo que me estaba contando. A ratos movía las pupilas hacia el cuadro que teníamos delante y volvía a clavar sus ojos en mí. Tenía los pómulos encendidos, rojos por la excitación que le producía estar ante aquel cuadro, y me hablaba con sigilo, como si estuviera rompiendo un secreto que debería seguir oculto.

—¿Te acuerdas de la noticia que se publicó hace dos años en el periódico? —me preguntó—. Que al desmontar una vieja taberna romana apareció detrás de una lámina de cartón un dibujo auténtico de Miguel Ángel... Pues en eso

pensé yo cuando desclavé la tabla y vi este lienzo escondido detrás del armario.

—¡Era *La Venus del espejo*! —le comenté a Lucía al día siguiente, sorprendido aún por el descubrimiento de Turner.

Estábamos tomando una cerveza en el pub Lamb and Flag, sentados uno frente al otro, junto al ventanal que separaba la calidez del interior de la humedad de las calles de Londres. Ella me observaba atenta, con sus ojos negros, que brillaban con la luz de los mediodías de Roma, en donde había nacido hacía treinta años. Llevaba el pelo ondulado asomándole sobre los hombros de la chaqueta y estaba apoyada en el respaldo de la silla, erguida, mirándome con la cabeza ligeramente ladeada. Transmitía una acogedora sensación de seguridad.

—Hay que hacer un estudio del cuadro —fue lo primero que me dijo.

Lucía era para mí aquellos días mi refugio en Londres. Muchas tardes buscaba entre sus brazos el sosiego, con la misma ansiedad con la que anhela llegar a un puerto seguro un barco zarandeado por la tempestad.

—Eso le aconsejé yo a Turner —comenté—: que encargara un estudio serio de la pintura.

—¿Y qué te contestó?

—Que ni hablar. Que primero necesita tener algún indicio de que el lienzo es antiguo. Quiere llevar el análisis con discreción. Me dijo que antes de contratar a algún experto desconocido para él, prefiere que yo le dé alguna orientación sobre el estado del cuadro.

—El análisis y la restauración de una obra de esas características es un trabajo laborioso y muy caro, tú lo sabes.

—Por eso... —le confirmé—. Me dijo que cuando tuviera alguna sospecha fundada de que era antiguo, entonces, sí: encargaría que se estudiase y que fuera restaurado, si es

necesario. Si no, corría el riesgo de hacer el ridículo y de gastarse un dineral.

—O de ser engañado —añadió ella con suspicacia.

—Claro —corroboré yo—. Por eso me indicó que tenía que mantenerlo en secreto, hasta que tuviéramos la certeza de a qué época pertenece realmente esa pintura.

Sólo te lo he confiado a ti —añadí, cogiéndole la mano y acariciándola despacio.

Floral Street es una pequeña calle del distrito de Westminster. Está a unas pocas manzanas del puente de Waterloo, que atraviesa el Támesis, y a unos pocos pasos de la plaza y del mercado de Covent Garden, que fueron lugares de prostitutas, tabernas, antros y posadas, antes de que se restaurasen hace unos años para convertirlos en un centro comercial. Caminando por Floral Street en dirección hacia Picadilly, se llega a una calle estrecha en la que está el pub Lamb and Flag, uno de los más antiguos de Londres, que ha estado ahí desde 1623, el año en que el Príncipe de Gales viajó a Madrid para flirtear con la hermana de Felipe IV, el mismo año en que Velázquez se instaló en la Corte como pintor del rey. Muchas tardes quedaba allí con Lucía y tomábamos una cerveza antes de cenar y antes de pasar juntos las últimas horas del día, a veces en su casa.

—¿Tú viste bien el cuadro? —me preguntó Lucía.

—Claro.

—¿Y qué te pareció?

—Aparentemente es antiguo: marco de madera vieja, pintura oleaginosa, el barniz amarilleado y sucio... Lo propio de un cuadro de la época.

—¿Y la capa de pintura?

—Está bastante oscurecida. Y muy agrietada. Tiene las típicas rajaduras de envejecimiento que produce el paso del tiempo.

Me quedé en silencio mirando los ojos negros y mediterráneos de Lucía. Ella era lo único que me ligaba a aquella ciudad a la que había ido huyendo de un desengaño. Estar

junto a ella me producía aún el desasosiego que se experimenta con la cercanía de aquello que se ama.

—Lo que no puedo entender —me dijo— es por qué el cuadro estaba escondido. ¿Había sido robado? ¿Era una falsificación? ¿O fue un gesto de puritanismo guardar en un armario el cuerpo de una mujer desnuda?

Lucía se había matriculado en un máster sobre organización de exposiciones temporales en museos y estaba haciendo ya el trabajo que le exigían presentar como proyecto final del curso. Eran unos estudios restringidos, a los que sólo podían acceder personas enviadas expresamente por los directores de museos o por los patronatos de las pinacotecas. Ella trabajaba en el Museo de Villa Borghese, en la sección de pintura del siglo XVI. Conocía bien la pintura europea del Renacimiento y del Barroco. Le habían concedido un tiempo de excedencia para hacer ese máster en Londres, becada por el museo. Para acabarlo tenía que plantearse cómo organizar una exposición en Roma sobre la etapa inglesa de Van Dyck: describir todas las gestiones con los museos o coleccionistas propietarios de las obras, los seguros, el transporte, la distribución de los cuadros en la exposición y la redacción de un catálogo. En esa tarea trabajaba aquellos días: en la maquetación de un posible catálogo para una exposición que estaba sólo en su cabeza. Era un proyecto de papel que tenía previsto terminarlo en unas semanas. Ese plazo era para mí una amenaza, porque suponía el final del tiempo que habíamos estado juntos. A partir de entonces ya nada sería igual: tendríamos que decidir si seguiríamos juntos y en qué ciudad; y yo no sabía qué trabajo podría encontrar en esas circunstancias. Esa incertidumbre me tenía aquellos días desasosegado.

—¿Tienes ya los billetes para Madrid? —me preguntó Lucía.

—Sí —le contesté, desviando la mirada hacia la penumbra del pub—. Estaré sólo unos días, iré a la Facultad de Bellas Artes y aprovecharé para consultar algunos datos en

el Archivo Histórico sobre *La Venus del espejo* que pintó Velázquez. Turner me encargó que le hiciera un informe sobre el cuadro y me pagará por él el doble de lo que cobraba hasta ahora. Además me ha prometido otro tanto si los resultados son satisfactorios: un año de sueldo por unas semanas de trabajo, que no está nada mal.

Cogí la jarra de cerveza y bebí un trago, inquieto.

—Sólo estaré unos días en Madrid —dije, como si fuera una excusa—. Tengo que ir..., pero será sólo unos días —añadí, mientras dejaba la jarra sobre la mesa y volvía a mirar absorto la penumbra.

Antes de establecerme en Londres, yo trabajaba en Madrid, en una sala de exposiciones. La dirigía Rosana, cuyo nombre todavía me produce dolor al recordarlo. Su familia es propietaria de una marca de ropas que tiene tiendas en franquicia en todas las ciudades españolas: un negocio sólido que ha ido enriqueciendo una de las fortunas más asentadas y prósperas del país. Un día ella le dijo a su padre que quería abrir una galería de exposiciones. Y apenas unos meses después inauguraba el local en la calle Serrano, en una de las zonas más comerciales y prestigiosas de la ciudad. Alguien le sugirió que yo podía ser un buen comisario para montar exposiciones, porque conocía a bastantes pintores jóvenes, gentes que estaban iniciando su vida como artistas. Me citó un día en la sala, al atardecer; puso el cartel de «Cerrado» en la puerta; me hizo pasar a un pequeño despacho que había al fondo del local; me indicó que me sentara en un sillón frente al suyo; cruzó sus piernas larguísimas, para que yo pudiera contemplar el brillo de las medias de seda; y me propuso que me quedara a trabajar con ella.

Pasábamos muchas horas los dos juntos en la galería; visitábamos exposiciones; acudíamos a fiestas de inauguración; cenábamos los dos solos, uno frente al otro; y algunas noches dormíamos juntos en su apartamento. Fue un tiem-

po de euforia, que yo no supe interpretar adecuadamente, confundido por el entusiasmo.

Llegué a proponerle planes y compromisos en momentos de arrebató. Pensaba que los dos años que habíamos estado juntos eran una pasión sincera. Pero en realidad yo no fui para ella más que un juego: la seducción de un empleado eficiente. Así me lo dijo una noche, en la galería, cuando estábamos sentados uno frente al otro, como el primer día que me ofreció que trabajara para ella.

Desde entonces he intentado olvidar aquellas semanas desoladoras. Al principio sufría pensando qué había hecho mal, cómo debía haberme comportado y por qué no supe retenerla. Después me sentí un ingenuo y comprendí que había sido el más necio de los hombres.

—A veces se producen descubrimientos que no habríamos imaginado jamás —comentó Lucía, refiriéndose al hallazgo del cuadro.

Volví a beber, nervioso, un sorbo de cerveza.

—¿Sabes lo que ocurrió en 1995 con un retrato de Felipe IV? —le comenté recuperando la euforia—. Estaba en un palacio de Vitoria; se conservaba en tan mal estado y tenía tantos repintes que nadie mostró interés por él. Lo compró un coleccionista privado por cuatro duros; encargó que se hiciera un examen técnico de la tela y de los pigmentos; mandó restaurarlo y ahora se expone como una obra indiscutible de Velázquez.

—Te echaré de menos los días que estés en Madrid —dijo Lucía apretándome la mano y acariciándola luego con dulzura.

—Yo también —comenté, inquieto y repentinamente triste, mientras contemplaba a través de los cristales cómo se iban encendiendo las farolas de la calle, como señales de alerta en medio de la niebla.